

EMILIANA DE ZUBELDIA EN AMERICA

Leticia Varela

Cuadernos de Sección. Música 6. (1993), p. 121-134.
ISSN: 0213-0815
Donostia: Eusko Ikaskuntza

Resumen biográfico de la época americana de la compositora navarra Emiliana de Zubeldia (1888-1987). Comienza con una etapa de concertista (1928-1936), dedicada asimismo a la composición. En 1930 conoce en Nueva York a Augusto Novaro, convirtiéndose en seguidora de su teoría y única discípula. En 1935 fija su residencia en México, y en 1947 se traslada a Hermosillo, para hacerse cargo de la educación musical universitaria. Desplegó allí 40 años de actividad como Maestra de música, directora coral, conferenciante y productora de programas radiofónicos, así como compositora.

Emiliana de Zubeldia (1888-1987) nafar musikagilearen Amerikako aldiaren laburpen biografikoa. Kontzertugila-aldiarekin hasten da (1928-1936), denbora hartan konposizioari ere emana zelarik. 1930ean New York-en Augusto Navarro ezagutzen da eta haren teoriaren jarraitzaile eta ikasle bakarra bihurtzen da. 1935ean Mexikon finkantzen da, eta 1947an Hermosillo-ra aldatzen da, unibertsitateko hezketa musikaz arduratzeko. Bertan 40 urteko iharduera burutu zuen, musika irakasle, koro zuzendari, hizlari eta irrati emanaldien ekoizle gisa, musikagile lanak ontzen zituen bitartean.

A biographical study of the American period of the Navarran compositor Emiliana de Zubeldia (1888-1987), which started with a period of working as concert player (1928-1936), also dedicated to composing music. She met Augusto Novaro in New York in 1930, becoming a follower of his theory and his only disciple. In 1935 she set up her home in Mexico and in 1947 moved to Hermosillo, to take charge of musical education at the university, where she stayed for 40 years working as a music teacher, choir director, lecturer and producer of radiophonic programmes, and as a composer.

«Será en la próxima segunda feria del 17 el concierto de música española que Emiliana de Zubeldia proporcionará al público de esta ciudad en el Instituto Nacional de Música a las 20.30 horas. Ella interpretará a los grandes maestros de la España moderna, Falla, Granados, y Albeniz, tan queridos de nuestros auditorios por el colorido y la emoción de sus páginas modernas y expresivas.

«Justamente con ellas, Emiliana de Zubeldia interpretará composiciones propias en dos partes del programa del recital. Oiremos entre ellas su famoso *Trio para piano, violín y violoncello*, tan elogiado por los críticos. Es que Zubeldia no es sólo una intérprete favorecida por una sensibilidad llena de delicadeza como de finura y de brillo. Es también creadora, y su música se ha recibido con aplausos calurosos por los maestros de la crítica».

Tras este comentario periodístico, Emiliana de Zubeldia hizo su primera aparición ante el público de América, el 17 de diciembre de 1928, en el Instituto Nacional de Música de Brasil, en Sao Paulo.



De sus experiencias en esta tierra de naturaleza exuberante, Emiliana solía recordar el hotel de pequeñas cabañas en un claro de la selva, donde la visitaban los traviesos titis que compartían su desayuno y jugaban a escalarle el cuerpo, como si fuese una palmera más de las playas cercanas. Este primer encuentro de Emiliana con la «magna mater» sudamericana quedó plasmado con rasgos indelebles en su *Berceuse de palmeras en el Brasil*, para piano, compuesta poco después en Río de Janeiro y presentada al público por ella misma en Córdoba, Argentina al año siguiente y en la Habana en 1932.

Después de Brasil, Emiliana visitó Uruguay y Argentina, ofreciendo diferentes programas de cámara con artistas sudamericanos y los grupos corales de los centros vascos de los respectivos países. En Montevideo la recibió la Escuela Superior de Música, donde conoció al pianista Alberto Pauyenne Etchart, director de la propia escuela, con quien inició ensayos conjuntos para presentar su obra a dos pianos en los siguientes conciertos, empezando por el de Buenos Aires, durante el mes de agosto de 1929. Se unió aquí a ellos la soprano Rosalina Crocco, quien habría de acompañarlos también en Córdoba unos días después.

Cada aparición de Emiliana frente al público llevó siempre el deseo ferviente de prodigar al mundo las bellezas y bondades del alma irrefutablemente vasca que bulló en Emiliana como botón magnífico de muestra hasta su muerte. Así, esta flor de Euskadi cuidó de incluir en cada uno de sus programas las obras representativas y descriptivas de su tierra, como *Preludios Vascos*, *Capricho Vasco*, *Zortziko* (uno para piano, otro para voz solista, otro para coro, y quizá algunos más), *Canciones Tradicionales Vascas*, *De Mis Montañas* (poesía a dos pianos), un *Poema Místico* para piano, sobre un viejo claustro gótico español, una *Sonatina* sobre un tema popular vasco, una *Suite Vasca* y otras mas que fueron brotando de su pluma en los entreactos de su vida itinerante.

Al llegar a Argentina, donde permaneció por varios meses, Emiliana inició el montaje de *sus Cuadros de Espatadantza* con los coros de Mme. Jeane Dumas, los artistas antes mencionados, Pauyenne y la Crocco, el tenor Juan Carlos Pini, los barítonos Adolfo S. Zauce, Venancio de Escobal Vertiz y Bevan Williams ante la complacencia y el apoyo entusiasta de la *Acción Nacionalista Vasca* de Buenos Aires. El programa se estrenó el 19 de noviembre en el Teatro de la Opera. 1929 culminó con la presentación del mismo programa el 13 de diciembre, en la ciudad de Rosario, Argentina, bajo el patrocinio de la entidad vasca *Zaspirak-Bat*.

El capítulo de Sudamérica se cerró para Emiliana en 1930, al trasladarse al extremo opuesto del continente. Nueva York es, en ese momento, la capital musical del Nuevo Mundo, equiparable a la ciudad de París por el atractivo que ejerce sobre los músicos mas vanguardistas de principios del siglo xx. Ahí se dan cita Ravel, Schonberg, Gershwin, Siloti, Isadora Duncan, Arthur Rubinstein, Eugene Ormandy y Emiliana de Zubeldia, entre otros.

El arribo de Emiliana a Nueva York fue decisivo para el curso de los casi 60 años que aún le quedaban por delante. En la Universidad de Columbia entró en contacto con un músico mexicano, investigador infatigable de los principios de acústica musical y de su aplicación a la actividad creativa del compositor y del intérprete de avanzada. Augusto Novaro, a la sazón becario de la Fundación Guggenheim, fue el personaje clave para que Emiliana hiciera de México su patria de adopción.



EMILIANA DE ZUBELDIA

Basque Pianist and Composer



Recital Management Arthur Judson, Inc.

*Division of COLUMBIA CONCERTS CORPORATION
of COLUMBIA BROADCASTING SYSTEM, INC.*

113 West 57th Street

New York City

Inmersa en el estudio del Sistema *Natural de la Música, o Teoría de Novaro* - como la llamaría por el resto de su vida-, Emiliana decidió permanecer en Nueva York indefinidamente, convirtiendo la urbe en su centro de operaciones. Desde ahí se desplazó para cumplir contratos de conciertos en la Habana, que se realizaron en combinación con el Orfeón del Centro Vasco, la soprano Angelita de la Torre de Damborenea y la Orquesta Sinfónica de la Habana, interpretando, bajo batuta de la propia autora, sus *Poemas Musicales*. También se transmitieron por toda la isla sus conciertos en vivo a través del programa radiofónico «La Hora Magestic».

Sobre sus actuaciones en la Habana escribió el crítico Iturriaga en *Pro Arte Musical* de esa ciudad el 30 de marzo de 1932: «El laureado “Orfeón Vasco” se presentó con cierta nerviosidad. Era el entorno de las antiguas actividades, poniendo en las gargantas un poco de emoción. Oídos los aplausos del primer número, el conjunto adquirió dominio y optimismo, matizando las bellas canciones con singular acierto, llegando a la suma perfección de empaste y sonoridad. Zubeldia dirige con ademanes sobrios. Comunica a la masa sus bríos juveniles, sin recurrir a violentas contorsiones del cuerpo. Ella sabe lo que hace. Se apodera de sus subordinados, como se apodera de las melodías que compone. Une y empasta al coro; transmite calor y brío en los momentos cumbres; cierra sobriamente, Posee las dos cualidades, muy necesarias al director: corazón de artista y poder psicológico».

Cuando la prensa cubana abordó a Emiliana en una larga entrevista, ella dijo: «La música cubana me encanta. La encuentro deliciosamente inspirada y el folklore interesantísimo. Son admirables estas orquestas típicas con el bongó, las maracas, la marimba, que interpretan de manera impecable esos ritmos que son sangre, y vida y todo. Desde luego que la música afro-cubana me interesa mucho mas. He oído concepciones de Roldán, de Caturla, y me parecen magníficas. Lo que puedo decirle es que siempre acaricié la idea de hacer un poema tropical y, en principio, pensé en el Brasil; pero ahora sólo pienso en Cuba».

Cuestionada sobre su afición musical, Emiliana respondió: «Lo confieso: no tengo mas ideal que la música, y lo prueba que, después de haber estudiado años y años, al llegar a América encontré en mi camino a Augusto Novaro, el gran maestro mexicano residente en New York, quien, pagado por una de las primeras Universidades de Norteamérica, que ha puesto a su disposición los gabinetes de física y electricidad, trabaja sin descanso en la demostración de su nueva teoría, que fijara las reglas de la música en el futuro, sin que esas reglas puedan ser modificadas jamas... En la teoría de Novaro están comprendidas todas las gamas de todas las épocas... En estos momentos, los mas grandes sabios del Universo, visitan a Novaro y trabajan con él en las investigaciones científicas porque el mundo de la música va a experimentar una revolución absoluta... A mí se me antoja Novaro el Mesías de la música que esperábamos cuantos abrigamos la firme creencia de que quedaba mucho por hacer, y me cabe el honor de ser su primera discípula».

De regreso en Nueva York, Emiliana entra en contacto con otros artistas hispanos como Miirra Alhambra, pianista que se convirtió en su asidua compañera para los siguientes conciertos, tanto en la ciudad de hierro como en el Caribe y México. Emiliana empezó entonces a componer y hacer transcripciones para dos pianos, de obras de Chopin, Debussy, Granados, Albéniz y otros compositores. Algunos de sus conciertos de cámara incluyeron obras suyas para voz y piano, compuestas muchas de ellas sobre poemas de autores latinoamericanos que Emiliana fue encontrando en su camino, como Juana de Ibarbouro, Marta Lomar, Luisa Luisi, Alicia Cadilla, Ellen MacGrath de Galban, Alfonso Reyes, Gabriela Mistral, José Martí, Alfonso Cravioto y otros.

Alternaron, durante el primer lustro de los años treinta, las giras de conciertos con los programas neoyorkinos, el estudio de la teoría de Novaro, la composición y las charlas musicales, a la vez que se gestaron nuevas relaciones personales y de grupo. A través de Augusto Novaro, Emiliana se relacionó con Esperanza Pulido, joven pianista mexicana activa entonces en Nueva York como concertista y maestra de música en numerosas escuelas.

Esperanza y Novaro formarían el trío perfecto de amigos desde ese momento y hasta la muerte de los tres, comenzando por Novaro y terminando por Esperancita, la «querida mana» de Emiliana, en enero de este año 1991.

Los grupos mas importantes para Emiliana en esta fase de su vida fueron, por un lado, los miembros del Centro Vasco Americano de Nueva York, con quienes montó un festival folklórico que incluyó a los 9 «Espatadantzaris», del ballet de Antonio Otza, a Miirra Alhambra, Louis Zamudio, barítono, y Laura Moyenauer, soprano,

Este festival se realizó bajo los auspicios y en el Auditorium de la *American Women Association*, que constituyó el otro grupo relevante para Emiliana. Se trata de una asociación que agrupaba por aquel entonces a diez mil mujeres en los Estados Unidos, y que poseían una gran fuerza de empuje social y cultural.

Emiliana se afilió y hospedó en el Club House o centro de esta asociación bajo el nombre de Miss Emiliana de Zubeldia, por lo que se la registró bajo la letra «D» y no «Z», como le indicaba ella a su hermano Néstor para efectos de correspondencia y su distribución. Desde ese momento y para siempre, Emiliana sería para todos, incluso en México, «la Miss Zubeldia».

Su actividad artística y didáctica en Nueva York quedó consignada en los programas presentados en el Town Hall, el Teachers' College de la Columbia University y en los archivos del MGM Radio City Music Hall, desde donde se emitían programas de cobertura nacional que se recibían también en Europa. Emiliana comentaba epistolarmente estos programas que escuchaban sus hermanos en Pamplona.

Después de su primera incursión en México, en agosto de 1933, Emiliana regresó en 1935 para fijar allí su residencia definitiva.

Para esas fechas Novaro ya había regresado a su ciudad y continuaba aplicando su teoría a la fabricación de instrumentos musicales. Faltaba continuar la búsqueda de las posibilidades de esta nueva teoría en el campo de la composición: Novaro necesitaba un compositor capaz de lograrlo y Emiliana buscaba nuevos recursos para componer. La integración de ambos genios creadores se hizo necesaria y se dio.

Durante doce años trabajaron Augusto y Emiliana para producir un enorme legado musical y de instrumentos que permanece a la fecha inalcanzable en las bodegas y en los baúles sagrados y recónditos de Rosita Novaro, hija única de Augusto. De esta producción sólo se conoce la serie de *11 Tientos*, *5 Estudios para piano* y *4 Canciones* con letra de la poetisa mexicana Ana Mairena, editados en 1947 por la Casa Ricordi Americana, así como la *Sinfonía Elegiaca*, compuesta por Emiliana en 1939, en memoria de su hermana Eladia, fallecida poco antes.

Esta sinfonía obtuvo el Premio Nacional de Composición a principios de 1957, al ser estrenada en México por la Orquesta Sinfónica de la Universidad Nacional Autónoma, bajo la dirección del maestro José F. Vasquez.

El público mas selecto de la ciudad de México dio fe del gran caudal de obras que brotaban semanalmente de la pluma de Emiliana, algunas de ellas sobre temas

propuestos por Novaro, y que se presentaban al juicio de los críticos, músicos y estetas los viernes por la noche y, ocasionalmente, los domingos en casa del maestro, mejor conocida como «la casa de Tacubaya». Entonces se escuchaban también las infinitas posibilidades tímbricas del *Novar* que, aun con apariencia de piano, posee numerosos reguladores de los armónicos que debe producir -a placer del intérprete- cada una de las cuerdas sencillas encerradas en su caja acústica.

Entre los personajes asiduos a estos conciertos domésticos se encontraba Mme. Sophie Cheiner, de origen ruso y nacionalidad francesa, pianista maravillosa que fuera maestra de Esperanza Pullido -la mana Esperancita- y fundadora del Instituto Francés de América Latina (IFAL). Mme. Cheiner se convirtió en una de las grandes amigas, a quien Emiliana rindió siempre devota admiración y respeto.

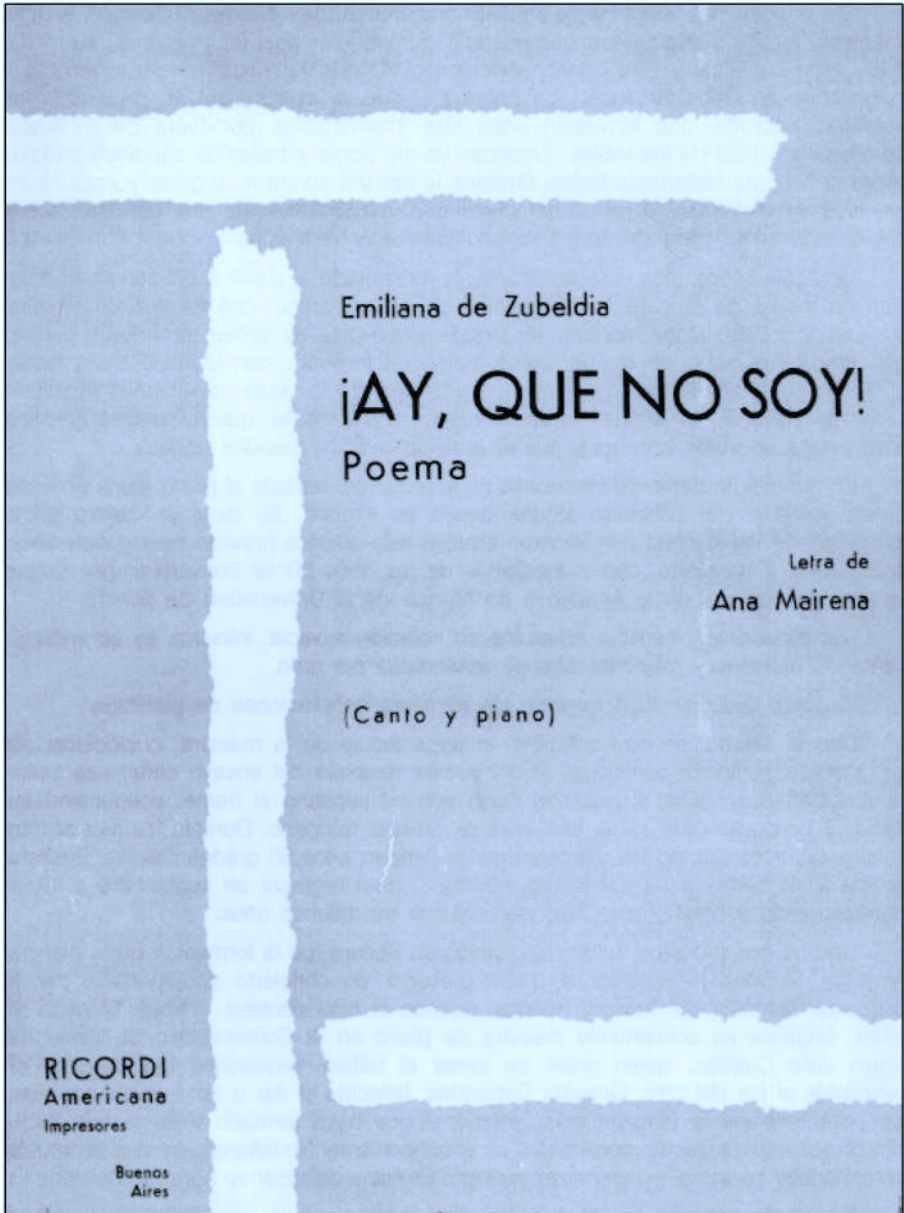
Una nueva gira hacia Puerto Rico y Cuba en 1936 cerró el período de vida itinerante de Emiliana. El laboratorio acústico de Novaro, el IFAL y los alumnos privados solventaron la economía de la nueva residente en México. Su radio de acción se empezó a circunscribir en torno a la teoría de Novaro. Emiliana cambió los grandes escenarios por «la casa de Tacubaya» y, finalmente, un día llegó una carta de la Universidad de Sonora, con una invitación formal a colaborar en la educación musical de los universitarios integrando coros. Si aceptaba tendría que partir inmediatamente hacia Hermosillo, la capital de esta Provincia norteña, vecina de los Estados Unidos que, aunque Sonora de nombre, sonaba aún poco en el ámbito cultural del país.

Emiliana guardaba desde su infancia la imagen de los indios yaquis de esta región del noroeste de México, que obtuviera de la biblioteca paterna en Pamplona, así como la curiosidad por enfrentarlos. La inesperada invitación que llegaba a sus manos abría las puertas a un sueño prácticamente olvidado y sofocado por acordes y aplausos. Sin pensarlo mucho, Emiliana aceptó y llegó a Hermosillo antes de finalizar el año 1947.

El círculo seguía estrechándose hasta limitarse al ámbito de una pequeña ciudad de 50 mil habitantes, como lo era el Hermosillo de entonces, con una incipiente universidad, calles a medio pavimentar colmadas de naranjos, huertos domésticos, cerros agrestes y sueños nobles de gentes sencillas. Emiliana decía que aquel hospitalario Hermosillo la había hecho recordar su casa. Y se quedó en él para siempre.

Hacia poco moraban en estas latitudes algunas parejas de españoles refugiados de la Guardia Civil de 1936, que habían hecho de la calle privada Niños Héroes, muy cercana al campus universitario, un reducto amable de la madre patria. Emiliana, alojada permanentemente en un hotel, entabló relaciones con estas familias y se hizo pasar por refugiada ella misma, cuando en realidad nunca vivió en carne propia los estragos de la guerra ni de sus antecedentes inmediatos.

Pero siendo una nacionalista vasca hasta el extremo, Emiliana había sentido arder en ella el fuego de la indignación al enterarse del encarcelamiento de sus hermanos Alejo y Eladia en 1936, así como de las represalias del gobierno en turno contra los escritos de su hermano Martín, profeso capuchino bajo el nombre de Fray Gumersindo de Estella, confesor de reos convictos en la cárcel de Zaragoza durante los años aciagos del conflicto bélico. Su sentimiento de solidaridad se mantuvo inmutable hasta el final de sus días, concediendo su simpatía al movimiento inicial nacionalista de la ETA, de cuyas publicaciones fue suscriptora durante algún tiempo. Esta circunstancia y su abierta filiación a la causa separatista vasca, le granjearon entre algunas personas de Hermosillo el mote de «la rejilla», que le molestaba bastante y desarmonizaba con su práctica de la comunión dominical en la Iglesia del Carmen.



Sus amigos más cercanos de aquellos primeros años en Hermosillo fueron Conchita y Antonio Molina, refugiados españoles con experiencias asaz dolorosas en su huida, y los esposos Alicia y Luis López, sonorenses. Antonio la recuerda aún vivamente y la describe en estos términos: «La pobre Emiliana se cuidaba de no pisar aquellas hormigas enormes que formaban unas filas interminables por fuera de mi casa, acarreado hojitas de los robles. Entonces yo me ponía a bailar un zapateo andaluz sobre la fila para matarlas a todas. Emiliana la tomaba contra mí a gritos y empujones, mientras yo disfrutaba su angustia. ¡Pero qué va! Emiliana era una de esas almas nobles totalmente fuera de época incluso para aquel entonces».

Don Luis López dice: «Yo la recordaré, no sentada al piano o dirigiendo su coro, sino en medio de la calle Niños Héroes, en pleno verano, con los brazos en alto, suplicando a José María Moreno, «el jeringa», que deje de azotar al famélico caballo que arrastra el carro, en el que, como auriga de tragedia, con el látigo en la mano, al viento su rasurada cabeza y con un vozarrón de huracán, pregona la venta de carne de chivo. Y «el jeringa» le da un respiro a su caballo, que aprovecha Emiliana para traerle un valde con agua que el jamelgo bebe a grandes tragos».

En general, la gente de Hermosillo no la recuerda sentada al piano, pues Emiliana nunca volvió a dar concierto alguno desde su llegada. Su labor se centró en la formación de los jóvenes que llenaron aquella aula austera provista de algunas sillas, una pizarra y un piano, que a mediados de los años 50 se convertiría, por simple cambio de nombre, en la Academia de Música de la Universidad de Sonora.

Los estudiantes, neófitos absolutos en notación musical, iniciaron su aprendizaje cantando cánones y melodías simples aprendidas por oído.

Mientras tanto, se iban forjando las primeras generaciones de pianistas.

Con el tiempo, se hizo cotidiano el espectáculo de la maestra, custodiada por sus jóvenes cantores, camino al Jardín Juárez después del ensayo coral. Las calles se llenaban de música al pasar el carro con su capitana al frente, conduciéndolos hacia *El Limoncito* para tomar con ellos un amable refrigerio. Durante los meses mas cálidos del año, cuando las temperaturas ascienden a los 50 grados Celcius, Emiliana volaba a las tierras altas del centro mexicano, para regresar en septiembre a iniciar el nuevo ciclo escolar. Así lo hizo por espacio de muchos años.

Uno de sus primeros frutos importantes en Sonora fue la formación de la pianista Angélica Méndez Ballesteros, a quien presentó en concierto acompañada por la Orquesta Sinfónica de Tucson, Arizona, cuando la niña contaba apenas 12 años de edad. Angélica es actualmente maestra de piano en el Conservatorio de Viena. Le siguió Julio Cubillas, quien antes de tomar el hábito franciscano realizó giras de conciertos al sur del país. Griselda Cabanillas, fallecida al dar a luz a su primogénito, fue para Emiliana la pianista más fenomenal que haya formado y en la que había cifrado sus esperanzas de continuidad en el concertismo. No faltaron alumnos talentosos para modelar su barro; sin embargo, no logró Emiliana culminar su obra en este terreno.

Su interés especial se volcó hacia el coro universitario, convertido en toda una institución durante los años 60.

Por entonces inició sus giras mas importantes con el grupo. En 1968: Guadalajara, Zacatecas, Monterrey, Villahermosa y la ciudad de México, que le abrió las puertas de la Sala Manuel M. Ponce en el Palacio de Bellas Artes, y las de la Basílica de Guadalupe, santuario nacional de los mexicanos.

TEATRO DE LA OPERA

860 - CORRIENTES - 860

Festival Vasco

en homenaje y beneficio de la
compositora y pianista vasca

Emiliana de Zubeldía

Nuestra colectividad, representada por las entidades, Centro Laurak - Bat, Acción Nacionalista Vasca, Centro Vasco Francés, Centro Navarro, Zaspirak-Bat, Euskaldunak-Denak Bat y Semanario GURE HERRIA, consecuente a toda obra cultural de nuestra raza vasca, ha organizado este festival vasco en homenaje y beneficio de la gran artista que nos trae de nuestros valles y montañas los más sabrosos murmullos y las emociones más sublimes de la naturaleza y costumbres del país vasco

con el concurso de

Alberto Pouyanne Etchart ⁽¹⁾ (pianista)

las cantantes solistas

Rosalina Crocco (soprano) - **Juan Carlos Pini** (tenor)

Barítonos:

Adolfo F. Zauce, Venancio de Escobal Vertiz, Bevan Williams

COROS de la clase del conjunto de Mlle. JEANE DUMAS

SEÑORITAS: Norberta Allende, María Luisa Reines, María Belcagny, Rosalina Crocco, Elvira García Mansilla, María Teresa García Mansilla, Alicia Jolly, Elena Jolly, Matilde Kelsey, Carmen Leguineche de Rom, Julia Rossi, Ruth Otamendi, Susana Kelsey.

SEÑORES: Emiliano Aguirre, Venancio de Escobal Vertiz, Guillermo Landis, Guillermo Ostwald, Juan Carlos Pini, Guillermo Ponso, Pedro Ramírez Calderón, Juan Ríos, Adolfo F. Zauce, Guillermo Thompson, Hernán Vivot, Bevan Williams.

CUADRO DE ESPATADANTZA (bailes clásicos vascos)
cedido gentilmente por la Acción Nacionalista Vasca.

Martes 19 de Noviembre de 1929, a las 21 horas

(1) Alberto Pouyanne Etchart, discípulo de Leyronnet en París, y director de la Escuela Superior de Música de Montevideo.

En 1972 regresó a México a grabar con el coro un disco LP, como producto especial de la compañía CBS, titulado *Concierto Inolvidable*. Nuevamente en 1976, ya con 86 años de edad, realizó la travesía de 40 horas en el autobús universitario que volvía a transportar el coro de Hermosillo a México.

Su energía y vitalidad no cedieron al paso de los años y, al parecer, el camino entre estas dos ciudades se fue volviendo bastante familiar. También lo recorrió para llevar a su discípulo Pedro Vega a ofrecer un recital pianístico en la misma Sala Ponce del Palacio de Bellas Artes. El gran éxito de este recital fue la *Sonata en Tres Estancias*, compuesta por Emiliana de acuerdo a la teoría de Novaro.

De la misma manera, el éxito de la presentación de su coro en 1968 se debió principalmente al estreno de su *Misa de la Asunción*, compuesta en Hermosillo durante la Semana Santa de ese mismo año, en base a los tonos litúrgicos y giros melódicos del canto gregoriano, aunque con un tratamiento homófono de las cuatro voces corales y algunos recitativos parlados.

En realidad, nunca abandonó Emiliana su actividad creadora, sino que la alternó con la docente. Pero sus obras quedaron en su mayoría guardadas en los baúles de su habitación de hotel, como si su fin fuese callar y limitarse, por algún extraño y merecido castigo, al dialogo interno y silencioso. Para el pueblo de Sonora ha sido una verdadera-sorpresa enterarse, tras su muerte, de que la maestra Zubeldia cultivó tan profusamente el arte de la composición desde sus años mozos. Los numerosos homenajes de que fuera objeto desde los años 50 en México constituyeron, salvo el primero, un reconocimiento a su labor docente y promotora del arte musical, más que a su labor creativa e interpretativa.

En resumen, se puede afirmar que Emiliana fue en Sonora: maestra de música, directora coral, conferenciante, productora de programas radiofónicos informativos sobre temas musicales, compositora y, sobre todo, un alma pródiga pero solitaria que, pese a todo, siempre se sintió extranjera hasta en su tierra; una vanguardista siempre inquieta, entusiasta de lo exótico en el arte y, a la vez, respetuosa de los principios formales y estéticos tradicionales de la música occidental; humanista y mística por un lado, revolucionaria atormentada por el otro; soberbia en su perfeccionismo y humilde en el desprecio de valores materiales; profunda y encendida en sus afectos, pero escasa en sus manifestaciones externas; espléndidamente expresiva en sus interpretaciones musicales, pero hermética al extremo en lo concerniente a su persona, defendiendo su privacidad y soledad hasta en su último aliento.

Ahora que nos hemos dado a la tarea de descubrirla, hemos encontrado arcones llenos de tesoros que ella misma se negó a disfrutar aunque tenía todo el derecho de hacerlo. Su legado artístico aún no ha sido rescatado de todos los rincones y de ese rescate depende, a su vez, nuestra comprensión del legado de Augusto Novaro en su teoría acústico-musical, ya que el único exponente práctico de la misma lo constituyen las obras todavía ocultas de Emiliana de Zubeldia. El mundo tendrá que hablar cuando salgan a la luz.

Emiliana de Zubeldia murió en el Hospital General del Estado de Sonora, el 26 de mayo de 1987, a la edad de 98 años y medio, a consecuencia de complicaciones funcionales de su organismo tras varias fracturas óseas causadas por sendas caídas. Sus restos mortales descansan en los Jardines del Buen Pastor, del municipio de Hermosillo. Su espíritu pervive en cada uno de nosotros, sus discípulos.